

ASIR

REVISTA DE LITERATURA

Ante la catastrofe.....	Dionisio Trillo Pays
Reflexion uruguaya.....	Arturo Sergio Visca
A cincuenta años de "Bohemia".....	Washington Lockhart
La intención de "Fermentario".....	Hector Bordoli
Las irregularidades del pie quebrado en las Coplas de J. Manrique.....	Idea Vilarino
Comentarios sobre la poesía de Líber Falco	
- Sobre "Regreso".....	Magda Olivieri
- Un poema de Líber Falco: Volver.....	Heber Raviolo
- Comentario a un poema de Líber Falco....	M.J. Alvarez Rodríguez
- Poema V - a Luis A. Larriera.....	D. Perez Pintos
- A propósito de "Extraña compañía".....	Omar Moreira
Poesías.....	Clara Silva
Poesías.....	Washington Benavides
Un surco en el agua.....	Carlos Gonzalez
La casa del Prado.....	Eliseo Salvador Porta
Trago amargo.....	Luis Castelli
Mundo Chico (fragmento).....	Julio C. Da Rosa

Julio C. Da Rosa, es otro ejemplo, - si él no lo desmiente -, de la fecunda labor de esta revista. En ASIR ha publicado muchos de los cuentos que luego recogió en sus dos volúmenes publicados respectivamente por ASIR en 1952 y en 1955 y hoy agotados. Por su calidad de narrador ha merecido distintos premios y su fama excede naturalmente el ámbito de la revista, haciendo que se le soliciten obras desde diversas publicaciones de aquí y allende el Plata. Persegue ahora, desde su mayoría, colaborando en su revista, a la que pertenece y que le pertenece, ofreciendo a los lectores un capítulo de la novela que tiene en ejecución y que esperamos, salga a luz este año.

"mundo chico"

Novela inédita

(fragmento)

- Tercer año... Guarden los útiles. Parados. Fila. Distancia... Marchen...

Son once muchachos entre trece y dieciseis años.

Cinco mujeres. Juana y Rufina Fleitas, hijas de Román, de la rama de los Romanes; cien cuadras mitad chacra, cuarenta reses, ochenta ovejas, "bicherío menor" (chanchos y gallinas). Atanasilda Sánchez, hija de criación de don Hilario Olivera, guitarrero y "pensionista a la vejez". Juliana Perdomo, de Servando Perdomo, comprador, vendedor, medio político y eso. Y Joaquina Gutiérrez, de uno de los cinco Gutiérrez de la quebrada; entre los cinco, ochenta cuadras de casi pura piedra; los cinco esquiladores, caraboneros, contrabandistas, peones de lo que "cuadrarse".

Seis varones. Pedro Lima, hijo de Pedro Lima, bolichero aburrido de veintitantos años de "bolichear" entreverándole bailes, rifas y carreras; comido por la caña y fiados. Emilio Ramírez (Macho), el mayor de don Sebastián Ramírez; doscientas cuadras tapadas de chilca colorada,

con sus respectivas puntitas de vacas, ovejas y demás. Eladio Fleitas. Horacildo y Santa Cruz Gutiérrez, primos entre sí y primos de Joaquina. Alaídes Sena, hijo del viejo Caldino Sena, carretero cuando había viaje, picapedrero cuando había corte.

Los varones por un lado, las mujeres por el otro; las dos filas de mayor a menor, según el tamaño. Al llegar a unos pocos pasos del pupitre de la maestra, ambas filas se funden en una sola, todos los muchachos mirando hacia un costado.

- De frente.

Y todos quedan mirando hacia delante, tras el refregón "en tornillo" de los tacos contra el piso. Contentos los gurises de romper la monotonía de la media mañana y estirar un poco las piernas entumecidas. Proseadores.

- ¡Silencio!

La maestra está sentada junto al escritorio; impecable con su tónica blanca; nuevita, parece. Abiertos sobre el escritorio, están "Lecturas Escogidas" de Berro García y Bojorje Peña y "Curso Teórico Práctico de Idioma Castellano" de Gómez Marín.

- Párate derecho, Alaídes.

- El gurí endereza la pierna que tenía floja.

- ¡Junta los pies, muchacho!...

Los junta.

- Cuando te calles Horacildo, empezaremos la clase.

Horacildo le estaba haciendo un cuentito al de al lado. La advertencia lo agarró antes de terminarlo. Apuró el final.

- ¿Te callas o no te callas? ¡Insolente!

Se calló.

- Señorita este niño ta jorobando...

- ¿Cómo dijiste, Pedro?

- Ou' este niño ta jorobando...

- Repite.

Silencio.

- Repite, te mando.

- Ou' este niño ta jorobando.

- Parece mentira, Pedro! Tercer año, dos veces repetidor... "¡Ta jorobando!"... ¿Cómo se dice, Santa Cruz?

El mimado. El sábelotodo. El ejemplo. No se hace rogar.

- Se dice que está molestando o incomodando, señorita...

- ¿Qué te parece, Pedro?

Perico está "rojo como un tomate". Mejor, como un ají. Porque le está con una rabia al "mal alimentau" aquel, que se lo come crudo.

- Dí que te parece.

- Nada.

- Ah nada... Bueno, repite entonces: "Señorita, este niño me 'está molestando".

- Este niño m' está molestando.

- No. "Señorita, este niño me está molestando".

- Señorita este niño m'está molestando.

- Sigue; repite...

El muchacho cambia de colores. Suda. Dispararía... Tiene quince años y pico. Están las mujeres, delante. Y la maestra misma, que es una mujer.

- Hazme el favor de repetir, Pedro.

No tiene más remedio. Arranca a toda carrera:

- Señorita este niño m'está molestando señorita este niño m'está molestando señorita este niño...

- Basta.

- ...m'está molestando.

- ¡Basta, he dicho!

Se calla; pero despacito, apretando los dientes, agrega:

- La raíz de la puta madre que te recontra mil parió!...

Y la maestra, para todos:

- ¡Parece mentira!...

Y él para sí:

- ...¡a vos y a todos los adulones que tenés!!

Y ella:

- ¡Semejante muchacho!

Y él:

- ¡Yegua mal enseñada!

- Yo no sé francamente...

- ¡Qué te tarás creyendo de los hombres!...

Allí, a diez metros de la amplia ventana abierta, pasa un sulquí lleno de mujeres rumbo al boliche. Las llantas van mordiendo el pedregullo suelto. El sol baña el conjunto. Las miradas de los once se vuelcan ventana afuera.

- ¿Quieren atender la clase?

Atienden.

- ¿Ustedes saben lo que es una fábula?

Casi todos levantan la mano.

- A ver tú, Atanasilda.

- Una prosa de bichos.

Suena la carcajada de todos. Todos.

- ¡Muchacha! ¡Qué horror!... Tú, Sena.

- Yo iba'decir lo mismo, señorita.

- Yo también.

- ¡Parece mentira! Esto lo aprendieron en primer año...

El Macho le secretea en la oreja a Alaídes:

- Seis años pa nosotros, hermanito...

Largan la risa.

- Ramírez, párate en el otro extremo de la fila.

Allá se va.

- ¡Silencio!...

Silencio.

- Una fábula es una composición en la que intervienen animales, que persigue fin moral llamado moraleja. Repitan.

Todos repiten.

- Repítelo, Atanasilda.

- Una fábula es una composición de bichos con...

- ¡Pero criatura!

Todo el mundo está esperando cualquier cosa, para desahogarse del hastío tremendo que se está respirando. La carcajada empieza allí y termina en el último banco. La gurisa "abre el tarro". Solo, de golpe, vuelve el silencio.

La maestra le hace a Atanasilda repetir con ella palabra por palabra. Mientras la muchacha refresca, se seca las lágrimas, se limpia la nariz, suspira y tose, queda flotando en el ambiente la definición de fábula.

Frente a la ventana pasa un hombre a caballo mirando para adentro. Suspira alguno, viendo semejante libertad a pleno sol.

- Bueno, les voy a leer una fábula.

Arrima "Lecturas Escogidas".

- Se titula "Los Pirinchos".

Rumor de risitas.

- Chtt... El autor se llama Montiel Ballesteros...
¿Cómo se llama la fábula, Eladio?

- Los Pirinchos.

- ¿Cómo se llama el autor, Julián?

- Montiel... Montiel Ba... Ba...

- ... llesteros.

- ... llesteros.

- Montiel Ballesteros.

- Muy bien. Atiendan que después tendrán que repetirla: "Una pandilla de chiquilines rubios iba para la escuela a través de los campos"...

"Rubios"... Ahí no más se quedó Rufina. En "Rubios". Rubios como el Macho Ramírez, habrían de ser los tales... Y tal vez con esos ojos celestes que él tiene. Rubio barba de choclo... o más bien rubio tabaco... tabaco amarelinho... Rubio el pelo, rubio el vellito que le asoma por los puños... y que le vuelve a asomar en el muslo y que tendrá que tenerlo en todo el cuerpo... Rubio como ella siempre se imaginó un novio. Rubio montado en un alazán... rubio tocando la guitarra... rubio bailando, bailando con ella... Rubio el bigote cerquita suyo... las piedras altas... el rinconcito entre los arrayanes... y el olor del arrayán... y el pasto como un colchón... La maestra está leyendo... rubio otra vez... Sigue leyendo... pero la ensenada de piedras y arrayanes... las fábulas... los pirinchos...

- ... "a través de los campos"...

...se le fue yendo despacito la rabia a Perico Lima. Por esos campos extendidos sierra afuera... lejos y lejos y más allá... Más allá del boliche y del olor a queso rancio y a galletitas húmedas... y a queso sene... y a yerba y a caña brasilera... Más allá del vaho de alcohol, tabaco, truco y sirva otra y contra flor el resto y lo peló y vengasé y embid'un tanto y tabaco, papel y fósforos y un quilo de grasa... Más allá. Lejos de aquellos ranchos ladeados y carcomidos... Lejos de las tardes oscuras entre los cerros... Lejos de los aullidos del viento contra la chilca viciosa... Lejos de aquellos días de antes y de ahora, con madre lagrimienta y padre empedo... y soledad y noche con viento y gritos de zorros. Y cuervos y cuervos y cuervos... Por allá una cruz, por aquí un caballo muerto y él, Perico, gurisito con madre siempre llorosa, con padre siempre borracho, y con chiflido triste que le hacía caer las lágrimas a él mismo... Lejos... Lejos... Lejos...

- "Sus madres los habían lavado y peinado y les habían puesto ropa limpia"...

Oyó Atanasilda, y no oyó más. Justo era su tema. Un tema que le daba vueltas en la cabeza desde que se conocía por gente. Desde poco después que la entregaron los milicos al viejo Hilario. Cuando empezó - justamente - a darse cuenta de que ella era una gurisa distinta a todas las demás gurias que conocía. Justo - también - cuando sacó en limpio que eso se debía a que no tenía goyete que los milicos la fueran a entregar tan luego a un viejo reseco como aquel viejo; en vez de entregarla a una mujer que - justamente - pudiera hacerle aquello que le hacían a todas las gurias de su edad, y que seguramente era lo que las hacía distintas. Es decir, lavarlas, peinarlas y ponerles ropa limpia. Sentaditas en la falda, seguro...

- Redepente dormiditas...

Se dijo, mientras oía renacer la voz de la maestra como un rezonguito lejano.

- "...dejaron los libros"...

- Eso...

Pensó y casi dijo Alaídes Sena, el del Carrero. Largar los libros y los cuadernos, y los lápices y las tizas y todo aquello que él venía viendo hacía tiempo que no servía para nada. Para nada de lo que él quería, al menos. Que era tan pronto agarrar un martillo, arremangarse y ponerse a trabajar fierros, darles formas, hacer cosas y cosas con ellos. O meterse abajo de una catramina deshecha sin remedio, y al poco rato hacerla salir roncando como recién hechita. Y hacer plata y plata y plata, para ser "hombre de no andar con chicas". Para comprarle al viejo un camión y verlo hacerse chiquito por entre los cerros; a las risas, sólo de acordarse lo que eran aquellos viajes del pobre al pueblo a pata de buey, que lo habían doblado de años y de reumatismos... Y allí estaba la maestra, dele y dele...

Mientras Eladio Fleitas Fleitas hijo, seguía dele y dele "escarbarse la cabeza" - desde antes de empezar la lectura de la fábula - a fin de sacar en limpio porqué a Fladio Fleitas Fleitas padre no se le había ocurrido venderle el chancho o comprarle los boniatos a Bitica Caraballo, antes de andar en líos por semejantes porquerías de chancho y de boniatos. Se ponía en lugar del padre y no se podía explicar tamaña barbaridad. Falta de dos dedos de frente. El, un guacho, se daba cuenta, y semejante hombre no. Un colmo. Se lo iba a decir en cuanto llegara. Ah sí!... Se lo iba a decir... Aunque tuviera una "atracada". En lugar de venderle el chancho o comprarle los boniatos y "santas pascuas", no. Y la maestra... leyendo leyendo...

Al Macho le gustó el cuentito. A él siempre le gustaban esas cosas así. Le gustó sobre todo, la facilidad de los rubiecitos para preferir aquella farra lindísima a la escuela; aquella echada en el pasto fresco a gozar la resolama y oír cantar los pájaros; la entrada en los charquitos a perseguir sapos hasta la noche. Cosa bárbara de linda! Ya de ahí para adelante, lo defraudó el asunto. Casi le dio rabia que no hubieran seguido la "garufa".

Abrió semejante boca. Leyendo y todo, hasta la maestra al canzó a vérsela. Y vérsela, cerrar el libro y agarrar a Ramírez por cuenta de ella, fue todo uno:

- A ver Ramírez, ¿porqué se transformaron en pirinchos los chiquilines?

- Porque son muy pirinchones.

Contestó tranquilamente y se quedó lo más campante.

- ¡Grandulón descarado!

Dijo la maestra y recurrió a aquel ejemplo de la clase, con cuyas hazañas y cuyos mimos ya tenía lleno a medio mundo:

- Dilo tú, Santa Cruz. Enséñale tú, el más chico de todos, a ese desvergonzado.

Y como siempre, "Crucito" salvó la petiza. Y salvó a toda la clase de quedarse sin recreo. Aunque así y todo, se conquistó la rabia de todos. Rabia que era envidia de aquella memoria descomunal. Rabia de que supiera hasta las palabras difíciles. Pero rabia, sobre todo, de los elogios de la maestra. Elogios largos y exagerados. Todos conocían bien a "Crucito" y sabían que sacándolo de aquello de portarse bien, atender y repetir las cosas, era un "tapecito al cuete" como cualquier otro: pitador como el que más; enamorado "sin yel", boca sucia y decidor de cuentos verdes.

La maestra "sacó" la moraleja mirando a cada uno de rabo de ojo y subrayando algunas palabras; explicó las "difíciles"; habló de nombres abstractos, hizo buscar sinónimos y les puso como deber un resumen sobre la fábula "Los Pirinchos".

- De perfil... vuelta. marchen..

Salen los gurises a sentarse. "Locos" de las pier-

nas "Embarados"

Y vino en seguida el recreo. aquella bendición

JULIO C. DA ROSA